



PERIÓDICO-BIBLIOTECA

Año I.

SEMANARIO ILUSTRADO
de literatura, ciencias, etc.

PRECIO
25 céntimos cada numero.

BIBLIOTECA ILUSTRADA
Publica tres obras distintas.

Núm. 10.

UN PASEO POR ATENAS

(Conclusión.)

Más tarde, los viajeros ingleses por apoderarse de las obras originales de Fidias que resistieron el atentado primitivo, arrancan y destruyen metopas, arquitrave, chapiteles y cornisa.

¿Qué puede quedar en pié, después de tantas profanaciones?

Sí, aún quedan 46 hermosas columnas de orden dórico, coronadas por varios trozos del arquitrave.

Estas columnas de blanquísimo y brillante mármol de la montaña Pentélica, de cuyas canteras salieron los materiales para todo el edificio, estas columnas tienen 11 metros de altura por dos de diámetro, y ante ellas es fácil reconstruir en la imaginación el conjunto del templo con toda su belleza y su sorprendente majestad.

Pero lo que es fácil para la imaginación, no lo es para la pluma. Si se reunieron el genio de Pericles, el arte de Ictino y el cincel de Fidias para levantar este monumento ¿crees, lector, que yo con mi pluma puedo describirlo?

Por vano y orgulloso me tendrías si lo intentara.

Habré, pues, de contentarme con decirte cómo era, y supla tu imaginación las deficiencias de mi habilidad.

Pocas, muy pocas palabras para decir como era el Parthenón.

Un paralelogramo que ocupaba una planicie de 84 metros de longitud por 37 de anchura; un peristilo y un pórtico que representaba la tercera parte de la longitud del edificio; las columnas del pórtico y peristilo de orden dórico; un macizo muro de mármol rematado en primoroso friso, y adornado con metopas y frontones, en las que

Fidias y sus discípulos Agorácrito y Alcameno nos dejaron las delicadezas de su cincel; como adornos también los escudos ganados por los griegos á los persas, y delante de la entrada una colosal estatua de Minerva, de 17 metros de altura, tal era el Parthenón.

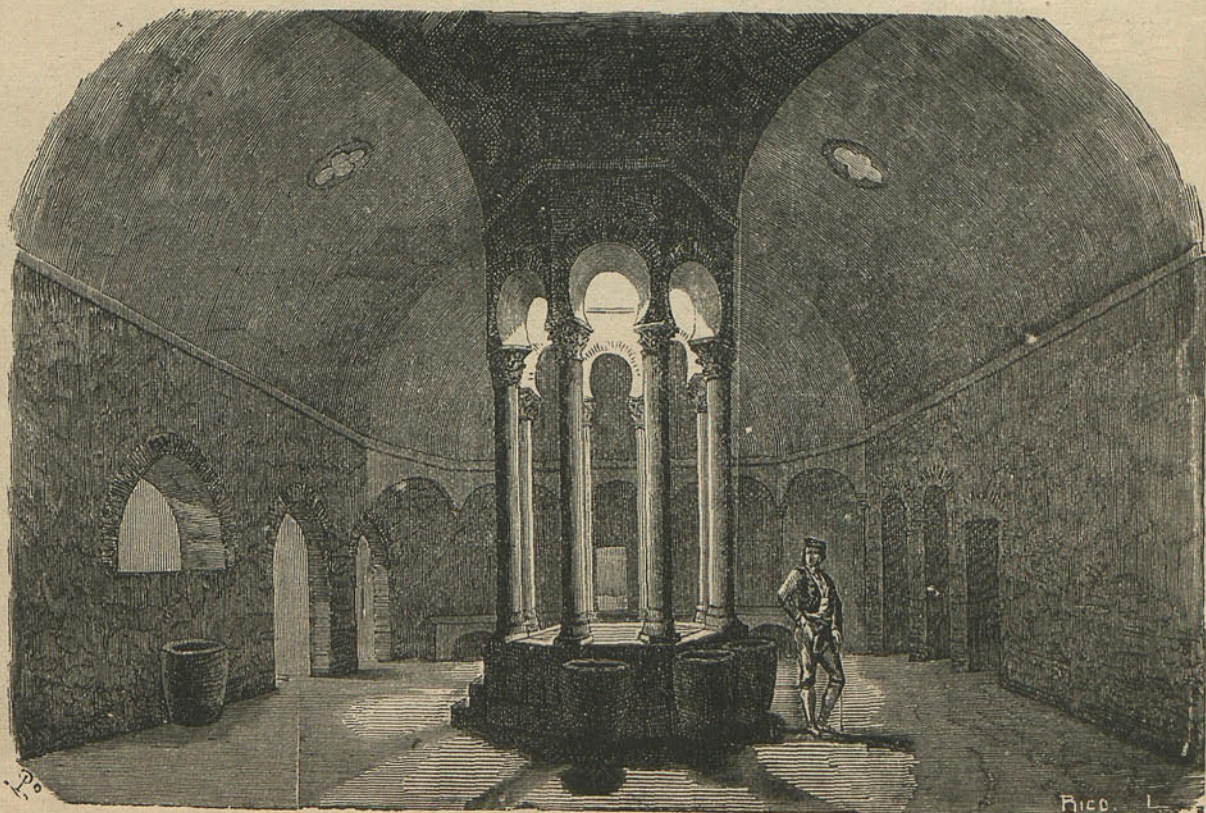
Pero hé aquí, lector, una escalerilla adosada á los restos del muro.

Es que los turcos tuvieron á bien construir aquí un minarete. Por esta escalerilla podemos llegar hasta el friso.

Hénos ya en lo alto. Desde aquí á vista de pájaro se ve Atenas, toda la nueva ciudad, y el recinto de la antigua.

¿Qué es lo que vemos? ¡Ah! No es solo un panorama de más ó menos belleza; es todo un mundo de gloriosos recuerdos.

Allí se levantan el monte Icaro, el Pentélico y el Himeto, cantado por Homero; allá á lo lejos, cerrando el cuadro, el Pireo,



Baños árabes en Gerona.

el mar y Eghina; aquí la nueva ciudad de Atenas con sus casitas blancas de risueño y agradable aspecto; al otro lado el recinto de la antigua ciudad; la escuela de Platón con sus sombríos jardines; las columnas de Júpiter, solitarios gigantes que, mudos y enhiestos, ven como pasan siglos y generaciones; allí la entrada de una cueva, que sirvió de prisión á Sócrates; la tribuna de Demóstenes; una eminencia donde estuvo el Aréopago, donde resonó la voz de los oradores griegos, y más tarde la de San Pablo que aquí convirtió á Dionisio; más cerca el templo de Teseo, un Parthenón en pequeño; el teatro de Baco, ya de construcción romana; el mercado de Adriano del que nos quedan, formando un segmento de círculo, siete columnas con capiteles corintios, y donde se grabó esta inscripción: «Aquí está la ciudad de Adriano y no la de Teseo»; y más, mucho más cerca, á nuestros pies, dentro del perímetro de la Acrópolis, el conjunto de templos en ruinas; el de la Victoria, donde aún se conserva la escultura de Fidias, representando á ésta diosa en bajo relieve, descalzándose la sandalia, como si de una manera definitiva se estableciera en Atenas (1); los Propileos que parecen un bosque de columnas, y más al Norte, derruidos casi del todo, los templos de Neptuno y el *Erhectum*, y algo mejor conservado el pórtico de las Cariátides, seis hermosas esculturas, que sostienen la cornisa.

Templos, academias, tribunas, que fueron

(1) El autor de estas líneas tuvo la honra de realizar este viaje en compañía de una comisión científica, de la que formaban parte el ilustre arqueólogo D. Juan de Dios de la Rúa y Delgado, y el distinguido arquitecto D. Ricardo Velázquez. Dichos señores adquirieron una copia de la escultura de Fidias, que hoy se conserva en el Museo Arqueológico de Madrid.

alojamiento de aquel pueblo de héroes, de sabios y de artistas, todo aparece á nuestros ojos; pero todo triste, sombrío, mudo, solitario, desierto.

¡Ah! Nunca mejor se puede comprender toda la vanidad de la mundana gloria.

A través de los siglos, los recuerdos se agigantan primero, palidecen después, y van poco á poco desvaneciéndose, ocultándose en una sombra espesa, en la que al fin todo se confunde y nada aparece con claridad.

Pasan mil años, dos mil, nada, un momento, un soplo en lo infinito, menos de lo que representa una gota de agua en la inmensidad del Océano, y la verdad histórica se pierde ó se desfigura, se convierte en leyenda, después en fábula, y por último se confunde la verdad con el error, lo real con lo imaginario.

Se hunden instituciones, como se hunden los edificios...

Y el polvo de los siglos borra los epítafios.

¡Cuántos millares de millones de hombres pasaron sin dejar recuerdo de su existencia!

De toda una generación queda un nombre á veces, á veces nada.

Y aún ese nombre se pierde allá á lo lejos, confundido entre lo real y lo maravilloso.

La humanidad abarca en sus estudios un período de tiempo determinado.

Más allá de este período, lo pre-histórico, las conjeturas.

Una revolución de la tierra, un cataclismo geológico, menos que eso, un terremoto basta para hundir en la tumba del olvido las grandezas, la historia de muchas generaciones.

Y cuando esto no sucede, el hombre mismo lo destruye, como destruyó la his-

toria de muchos siglos incendiando la Biblioteca de Alejandria.

Voy demasiado lejos, lector, y hora es ya de que concluyamos nuestro paseo.

Y ahora te pregunto:—¿Qué se dirá de nosotros, es decir, de nuestra generación, cuando pasen tres ó cuatro mil años?

¡Quién sabe!

Tal vez nuestros tiempos pasen á la categoría de tiempos pre-históricos.

Vicente Moreno de la Tejera.

EL SAUCE Y EL CIPRES

En el cementerio, un día
el sauce se lamentaba;
por los muertos sollozaba
y acerbo llanto vertía.

Pero un ciprés que á su lado
sombrea á la misma losa,
dijo con voz cariñosa:

—«Muéstrate más resignado,
no sientas tal desconsuelo,
no mires tanto á la tierra.
¡La muerte! A mí no me aterra
y es porque miro hacia el cielo.»

Y oyéndole, mi razón
dedujo esta gran verdad:
El sauce es... *la Humana*,
el ciprés... *la Religión*.

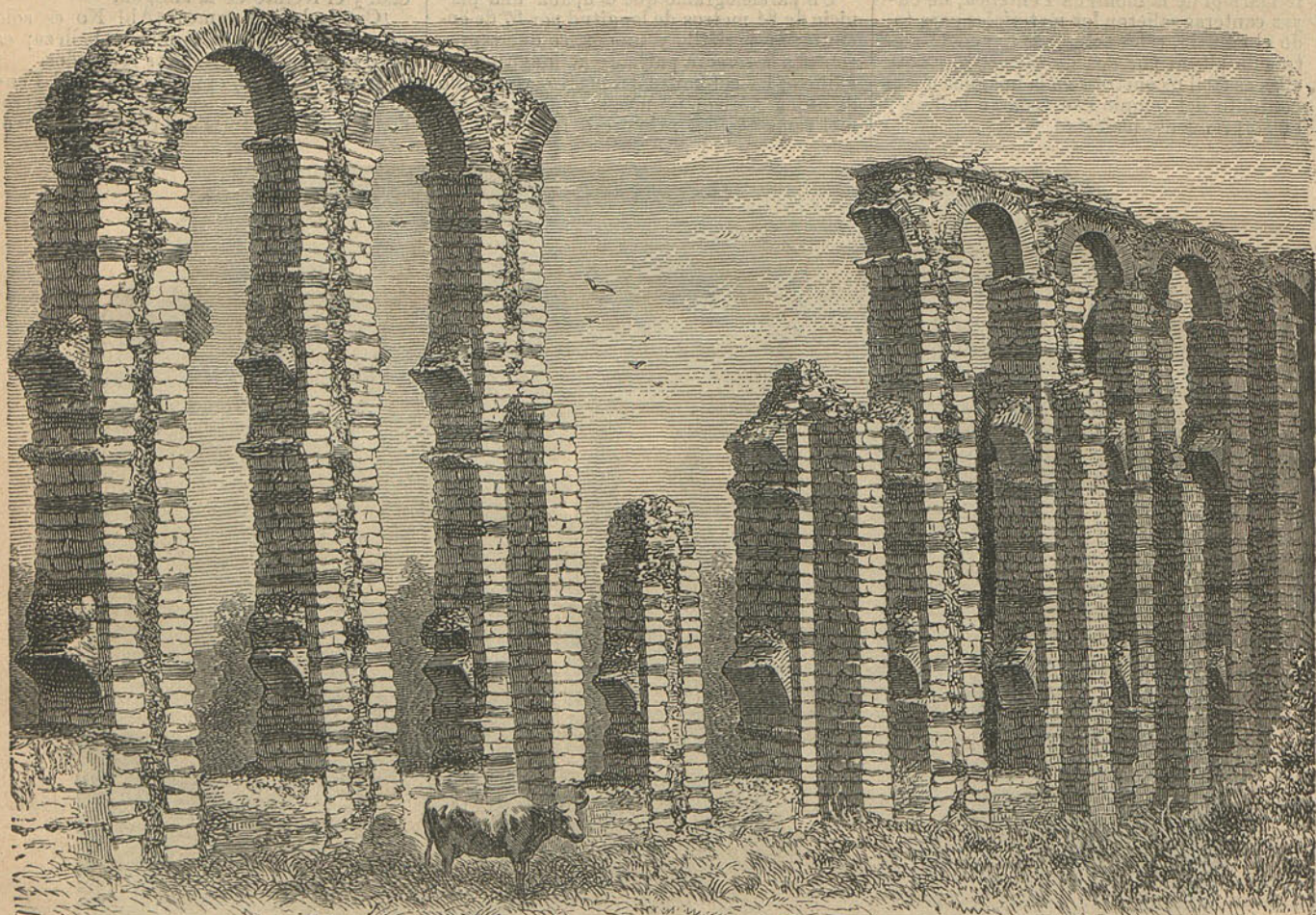
Mariano Marzal y Mestre.

LAS MIGAS DEL PASTOR

Y LAS MERCEDES DE UN MONARCA.

(Continuación.)

Interin se ocupan en esta penosa tarea,
que no dejaba de ser penosa tratándose de
un bosque que no tenía más caminos que
los senderos que naturalmente se abrían



Ruinas del acueducto romano en Mérida.

entre los árboles y las breñas, veamos lo que había sido del joven rey.

Siempre corriendo tras el ciervo, éste había conseguido adelantarse tanto, que en breve el cazador lo perdió de vista. Más de dos horas hacía que duraba la carrera.

Si hubiera sido por un camino llano, el caballo no hubiera estado rendido como lo estaba.

El animal, estremecido, se detuvo: estaba cubierto de sudor.

Apeóse don Alfonso, y renegando de su suerte que no le había permitido dar caza al ciervo, agarró á su caballo por la rienda y echó á andar por una á manera de vereda, que indudablemente había abierto entre el ramaje el continuo paso de los animales selváticos. Por allí había desaparecido el maldito ciervo que había burlado al monarca de León.

A los pocos pasos oyó éste el sonido lejano de las trompas de sus monteros: llevóse la mano al costado izquierdo para contestarles, pero tuvo un nuevo disgusto; la hebilla de la correa que sujetaba su trompa de caza se había desprendido, y trompa y correa habían caído al suelo sin que se hubiese apercibido de ello.

Prosiguió su camino.

Después de haber andado durante largo rato, y sintiéndose cansado, se sentó á orillas de un riachuelo que por entre brezos y zarzales corría mansamente.

Dió libertad á su caballo, el cual después de haber bebido, se puso á pacer la lozana yerba que allí crecía en abundancia.

—¡Más feliz eres que yo! — pensaba el rey que se moría de hambre, viendo pastar á su trotón.

—¡Tú comes, y yo, á pesar de todo mi poder, no tengo en este momento ni un mendrugo de pan, ni nada que pueda mitigar estas ansias de mi estómago!... Y por lo visto, todos estos andurriales están despoblados: no he visto una cabaña, una choza de pastores, ni paraje alguno que tenga apariencias de vivienda de hombre. ¡Come, mi buen caballo, come, y cuando hayas comido, y hayas descansado, volverás á sustentarme sobre tus lomos y caminaremos en busca de mis gentes!...

Dicho esto, apoyó el rey el codo en la rodilla, y la mejilla en la palma de la mano: breves instantes después dormía profundamente.

Largo fué su sueño.

Cuando despertó, empezaba á oscurecer, y las tintas semi-fantásticas que en horas tales toman las selvas frondosas, se extendían en torno suyo.

Se esperezó, más bien como gañán que habita en humilde choza, que como monarca que se sienta en un trono.

Miró luego en derredor suyo, y vió á su

fiel caballo, que roía los tiernos retoños de los arbustos.

—¡Lucero! — dijo.

El animal, dócil como un perro, acudió á su llamamiento, relinchando alegremente.

Montó en él, y abandonando las riendas sobre el cuello del trotón, dejó que éste caminase á su capricho: era lo mejor que podía hacer.

Misterioso silencio, poblado de esos vagos rumores que suelen oírse en las noches tranquilas, reinaba en la selva.

La oscuridad aumentaba por momentos.

Avanzaba el caballo, no como si fuese á la ventura, sino á un lugar determinado. El rey creyó que de un momento á otro iba á encontrarse con sus cortesanos y monteros.

No sucedió así: con lo que se encontró fué con una luz que brillaba á lo lejos, tan

cabaña tan rústica, tan primitiva. digámoslo así, que no podía serlo más. Estaba formada con gruesas ramas y pedruscos mal sujetos con tierra arcillosa: la techumbre se componía de cañas estrechamente unidas y colocadas de modo que pudiese resbalar el agua. Mejor, y más seguro abrigo hubiera ofrecido una cueva, que aquella humilde choza que podía derribar fácilmente una fuerte lluvia, ó un soplo de viento huracanado.

Creyó don Alfonso que era la choza de un pastor, y después de apearse, y llevando de la rienda al caballo, se acercó á ella sin género ninguno de desconfianza.

He aquí lo que vió: á la entrada y cerca de la hoguera, un muchacho como de diez y nueve á veinte años, de fisonomía inteligente y simpática, vestido, ó mejor dicho mal vestido, con una zamarra de pieles, un remendado calzón de ante, y una gorra de

veludillo, que no por ser vieja y mugrienta dejaba de estar adornada con una hermosa pluma de gallo, que se inclinaba graciosamente hacia la espalda.

El muchacho, al ver al rey se quitó la gorra. Estaba acurrucado cerca del fuego, al cual, y dentro de un cazuelo de barro se cocían unas migas, y se levantó respetuosamente.

—¡Bien venido sea su merced! — dijo.

—¿Estás solo? — preguntó don Alfonso.

—¡Sí señor!... ¡Estoy solo, porque no tengo padres, ni hermanos, ni nadie! ¡Padre tenía, y se ha muerto deviejo! ¡También tenía un perro, *Leal*, y murió peleando con los lobos!... Pero entre su merced, entre, que mejor estará aquí dentro, cerca del fuego, que á la intemperie.

Así diciendo, arrojó la gorra al suelo, y acudió á cojer las riendas del caballo.

Entregóselas el rey, y entró, lanzando una mirada al interior de la rústica vivienda: en un rincón, ocho ó diez haces de paja y algunos brazos de yerba seca, componían la cama del muchacho; un taburete de madera toscamente labrado, se veía cerca del lecho, y frente á este había un montón de ropas harapientas, todas revueltas y arrojadas en el suelo. ¡No podía darse mayor pobreza!

No había más muebles: tan sólo, colgada á la cabecera del lecho, se veía una mugrienta balasta.

Reflexionaba el rey, pareciéndole imposible que un ser humano pudiese vivir en medio de tanta miseria. Mientras tanto, el muchacho había atado el caballo á una estaca, clavada no sabemos con qué objeto en la puerta, y con la vivacidad de sus pocos años había puesto el taburete frente al fuego, invitando al rey á que tomase asiento.

Sentóse don Alfonso y luego quiso saber el nombre y la historia de aquél á quien de-



Tipos mallorquines.

pronto despidiendo vivo resplandor, como alumbrando apenas.

Conoció don Alfonso que era una hoguera, y se le ocurrió un pensamiento: lo mismo podía proceder aquella lumbre de gentes honradas, que de bandidos de los que, con el nombre de monteros libres, tan pronto se ponían á sueldo de un noble señor, como vivían por su propia cuenta, é infestando los montes y bosques del país, no dejaban viandante á quien no desbalijasen, ni maldad que no cometiesen.

En la duda, contuvo los bríos de su caballo, y fué aproximándose poco á poco á la luz. Pronto vió que procedía de una hoguera, y que ésta ardía á la puerta de una

bía hospitalidad. La historia era bien sencilla: Mauro, que así se llamaba el joven, no había conocido a sus padres. Abandonado inhumanamente en el monte, había sido recogido por un anciano pastor, y alimentado con la leche de una cabra. No por eso dejó de criarse robusto.

A. de San Martín.

(Concluirá.)

BIEN POR MAL

Era fiesta en el lugar;
y Blasillo, el barbilucio,
montado en un viejo rucio,
fuése por el campo á holgar.
Vió venir á un lebrelo sucio,
y, siendo de instinto malo,
le dió en la cabeza un palo,
y rompió el occipucio.

Curó el can. Sucede al frío
el rigor de la canícula;
y Blas, que ni una partícula
tiene de tonto, va al río,
y al hundir su faz ridícula
en él sintió un golpe fiero...
Flota en el agua un madero
que le ha herido en la clavícula.

Blas grita y se desespera...
¡Comprometido es el caso!
Un lebrelo, que por acaso
bebiendo está en la ribera,
viendo al mozo en tal fracaso,
se echa al agua diligente,
nada contra la corriente,
y hace á Blas salir del paso.

Entonce el can, satisfecho,
dijo así:—¡Nada codicio!
Premié con un beneficio
el mal que un día me has hecho.
No cedais al artificio
de pasiones criminales,
que volver bienes por males
es hermoso sacrificio.

J. Moreno Fuentes.

EL ALCAIDE DE TARIFA

(Continuación.)

Pero no era esto todo.
Era necesario ser libres.
Huir.

Volver á España dando una nueva patria
á Saydallema y la libertad á María, sin la
cual no hubieran podido llegar á la felicidad
de su amor los dos enamorados.

Pedro encontró el medio.

Los esclavos de guarda de los jardines de
Alcateb estaban armados y rondaban de
noche.

Pedro, armado de una piocha y seguido
de las dos jóvenes, que temblaban, pero á
las que daba fuerzas á la una su amor y á
la otra el ansia de la libertad y de su vuel-
ta á la patria, adelantó por aquellos verdes
laberintos bajo el rayo de la luna.

No tardaron en descubrir uno de los es-
clavos que hacía su ronda.

Iba armado de espada y ballesta.

Pedro de Guzmán, que era un buen ca-
chorro de león, acometió al mulato que era
atlético y de un aspecto feroz, y tras un
combate de algunos segundos, de una lucha
cuerpo á cuerpo, le echó por tierra, le domi-
nó y le desarmó.

Luego, sirviéndole de intérprete María,
amenazándole con matarle, le obligó á que
le llevase á un lugar por donde pudiesen es-
capar.

El esclavo, aterrado, los llevó á un muro
bajo por donde con facilidad se podía saltar
al campo.

Pedro le confió á María.

El esclavo descendió con ella, valiéndose
de las asperezas del muro.

Descendió luego Pedro con Saydallema.
Llevaba ésta consigo en un cofrecillo sus
joyas, que valían un tesoro.

Pedro había concebido un proyecto audaz.
¿Qué, acaso su padre no había hecho una
fortuna en África?

¿No podía él, prestando su valor á la for-
tuna, ponerla de su parte?

Pero la fortuna, que se había embria-
gado por don Alonso Pérez, no se embria-
gó por su hijo.

En los primeros momentos de su fuga,
Pedro cometió una falta de prudencia por
exceso de grandeza.

Debió matar al esclavo para ganar un
tiempo precioso.

Pero le pareció infame exterminar al
hombre que, aunque hubiese sido por fuer-
za, le había dado la libertad con su amor.

El esclavo, aprovechando un momento,
huyó, corrió, desapareció, llegó á las habi-
taciones de su señor y dió la alarma.

Pedro previó el peligro, vió que no tenía
tiempo para internarse en las grandes sel-
vas y perderse en ellas con Saydallema y
María, viviendo de la caza mientras no pu-
diese ser otra cosa, y rápido en sus determi-
naciones, considerando que Dios en Sayda-
llema y María le había dado dos criaturas
débiles á las que debía proteger, se resolvió
á volver á ser el cautivo del infante, que no
sería tan malvado que á lo menos no prote-
giese á aquellas dos criaturas.

Las torres del alcázar donde el infante
moraba estaban próximas.

Allegóse á los muros Pedro y llamó á su
guarda.

Acudieron, le oyeron y le acogieron á
tiempo que unatuba de moros, con los cua-
les venía el xequé Alcateb, llegaban.

Este era el hecho de que amargamente
se quejaba pidiendo justicia al emir el viejo
Alcateb.

El no quería menos, sino que se le entre-
gasen los tres culpables para castigarlos á
muerte.

Abu Jacob le escuchó en silencio y le
dijo:

—Vete, que yo te arreglaré tu negocio:
confía en mi justicia.

El xequé se fué á esperar su desagradio.

El emir llamó al infante don Juan, le ex-
puso las justas quejas del xequé Alcateb y
le pidió le entregase al cristiano que tal
enormidad había cometido y las dos jóvenes.

—Lo que me pides, emir,—le respondió
el infante,—es más árduo de lo que parece,
porque el caballero que me pides es no
menos que el hijo primogénito del grande
don Alonso Pérez de Guzmán, á quien tan-
to consideras y á quien tanto debes por lo
bien que te ha servido cuando andaba por
estas partes de tu imperio.

Quedóse pensativo Abu Jacob y dijo:

—Pues bien; yo arreglaré este negocio, y
todos quedaremos pagados: pero si de tal
manera respetas al padre, ¿por qué tenías
preso al hijo?

—Por castigarle de una irreverencia con-
tra mí,—respondió el infante.

—Perdonada le sea y no vuelva más á es-
tar preso,—dijo el emir;—que no puedo yo
consentir esté preso en mis reinos el hijo de
quien me ha ganado tantos lauros y tantos
vasallos.

—Sea tu voluntad,—dijo el infante.

Manuel Fernández y González.

(Se continuará.)

NUESTROS GRABADOS

Baños árabes en Gerona.—Este es el mo-
numento más antiguo que encierra la heroica
ciudad de Gerona, que, como saben nuestros
lectores, inmortalizó su nombre en la guerra de

la Independencia. Estos baños, según indica su
denominación, datan del tiempo de la domina-
ción árabe en España. Construyólos esta raza
con todo el sibarítico refinamiento de sus cos-
tumbres; y es lástima, verdaderamente, que un
monumento de importancia y gloria nacional,
como lo es el de los referidos baños, se encuen-
tre, por lo que tenemos entendido, en el más
deplorable estado de conservación. En el centro
de una estancia cuadrada se levanta el precio-
so templete que tanto admiran los que van á
visitarle. En los bordes de los ángulos de un
octógono se elevan ocho columnas, sobre cuyos
capiteles se apoyan los airoso arcos en que es-
triba una elegante bóveda de atrevidas y pro-
longadas curvas que descansan en las macizas
paredes del salón. El arranque de las bóvedas
sirve de basamento á otras ocho columnas de
menores dimensiones, que sirven á su vez de
sostenimiento á los arcos en que descansa la li-
gera cúpula, que se eleva á 80 pies de altura.
Nada hay en arquitectura de más bello y airo-
so carácter que este templete.

Ruinas del acueducto romano en Mérida.—Construyeron los romanos este soberbio
acueducto, que puede rivalizar dignamente con
el de Segovia, para abastecer de aguas á Mérida,
conduciéndolas desde la Albuera. Es de
sentirse que obra tan colosal, como lo fueron
casi todas las de los romanos, se encuentre hoy
en ruinas. Según asegura Moreno de Vargas,
historiador de la ciudad de Mérida, los arcos
del citado acueducto, que al presente se con-
servan, miden 96 pies de abertura. Emplearon
se en su construcción piedras de grano y ladri-
llos; las primeras están labradas en perfectos
almohadillados, y todas ellas son de tamaño
considerable. El conjunto, como sus restos in-
dican, debió ser de atrevidas líneas y de majes-
tuosa solidez.

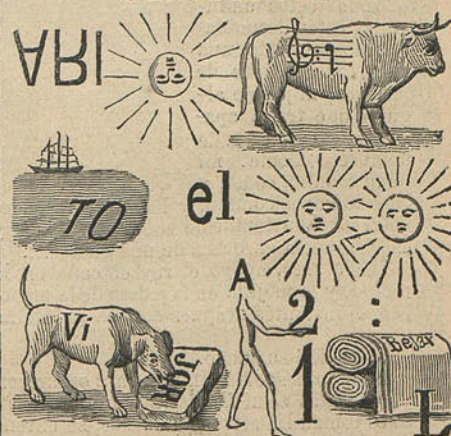
Tipos mallorquines.—Desde los más anti-
guos tiempos de la historia figuran los mallor-
quines como una raza fuerte, valerosa y de ca-
rácter subordinado. Los romanos creían asegu-
rado el éxito de las batallas cuando el cuerpo
de honderos mallorquines que estaba á su ser-
vicio entraba en acción. Eran los mallorquines
habilísimos en el manejo de la honda. A pesar
de los siglos transcurridos y de las vicisitudes
por que han pasado las islas Baleares, la raza
que las puebla conserva aún sus principales
rasgos fisionómicos y de carácter; por éstos y
por el lenguaje se asemejan mucho á los cata-
lanes y valencianos. Los dos tipos del pueblo
que presentamos hoy á nuestros lectores dan
exacta idea de las condiciones típicas de aque-
llos isleños. Se distinguen, principalmente, por
su acendrado amor á la nacionalidad de que
forman parte. Muchos años de dominación ex-
tranjera no han podido amortiguar este noble
sentimiento.

SOLUCIÓN

AL GEROLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Una plumada causa á veces la perdición
de varios seres, y otras la felicidad y la
dicha.

GEROLÍFICO



(La solución en el número próximo.)

U. MONTEGRIFO, IMPRESOR, BAILÉN, 26.